

COLECCIÓN DIVULGAR-EDUCAR



Internet ya está en todos los hogares. ¿Es esto bueno? ¿Comporta riesgos? ¿Ofrece oportunidades? ¿Qué hacer para minimizar aquellos y maximizar estas?. El autor partiendo de una descripción de qué es Internet y de cómo son los adolescentes de hoy, propone a los padres y madres de familia una serie de pautas de actuación y consejos educativos con el objetivo de que el uso de la red en el hogar sea saludable, responsable y educativo.

Fernando García Fernández es Director Pedagógico del Foro Generaciones Interactivas. Licenciado en Química y Diploma de Estudios Avanzados en Educación, desde 1990 es profesor en el Colegio Irbia de Pamplona. Actualmente forma parte de su Junta Directiva y coordina las áreas de Comunicación e Innovación Educativa. Ha publicado numerosos artículos y varios libros, y ha impartido conferencias, seminarios y cursos sobre diversos temas relacionados con la educación en España y otros países de Iberoamérica. Está casado y tiene cuatro hijos.

Internet en la vida de nuestros hijos

¿Como transformar los riesgos en oportunidades?

Fernando García Fernández



FUNDADORES:



Universidad de Navarra



SOCIOS:



CON EL APOYO INSTITUCIONAL:



Internet en la vida de nuestros hijos
Fernando García Fernández



INTERNET EN LA VIDA DE NUESTROS HIJOS

**¿Cómo transformar los riesgos
en oportunidades?**

Fernando García Fernández

© Del texto, Fernando García Fernández (2010).

© De esta edición, FORO GENERACIONES INTERACTIVAS (2010).

Primera edición: junio 2010. 3000 ejemplares.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en modo alguno o por ningún medio sin permiso previo del editor.

Depósito legal: NA 1710/2010

Impreso por: Gráficas Alzate, S.L. Pol. Comarca 2.
Esparza de Galar (Navarra)

**"No hay viento favorable
para el que no sabe a dónde va"**

(Séneca)

ÍNDICE

Prólogo de D. Benilde Caro Ortega, Director General del Foro Generaciones Interactivas.	7
1. De la nada a la web 2.0.	9
2. ¿Son distintos nuestros hijos?	15
3. Hacia la familia interactiva.	23
4. ¿Internet tiene algo bueno?	29
5. La importancia de la educación	37
6. Preguntas para provocar la reflexión.	49
¿Abandonarías a tu hijo en medio del océano?	51
¿Pondrías un microondas en su habitación?	54
¿De quién es el ordenador?	56
¿Qué se rompe antes, un ordenador o un niño?	57
¿Es tu hijo adicto a la pantalla?	59
¿Es tu hijo víctima del ciberbullying?	63
¿Los amigos de sus amigos son sus amigos?	66
7. Epílogo.	77
8. Siete libros para saber más.	81

PRÓLOGO

Hace apenas tres años, un grupo multicultural, multinacional e interdisciplinar de hombres y mujeres nos pusimos a trabajar con el mismo objetivo: queríamos conocer más y mejor el uso que l@s niñ@s y adolescentes hacían de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC). Desde el conocimiento generado, pretendíamos ofrecer herramientas que ayudaran a la sociedad en general a gestionar esta situación de forma positiva. Con este objetivo surgió el Foro Generaciones Interactivas.

Teníamos claro que estábamos ante un nuevo contexto social que, sin apenas darnos cuenta, por lo rápido que ocurren los acontecimientos, estaba cambiando nuestras vidas. Hoy ya nuestros hijos, nietos, sobrinos, etc. tienen nuevas formas de hacer casi todo: relacionarse, comunicarse, aprender y divertirse. Esto genera oportunidades inéditas y, por qué no decirlo, algunos riesgos que hay que conocer y gestionar.

Gracias a este excelente equipo, hoy conocemos mejor el uso que l@s niñ@s y adolescentes hacen de las diversas pantallas (TV, Internet, videojuegos y móvil) en los países en los que se llevó a cabo la investigación: Argentina, Brasil (Estado de Sao Paulo) Chile, Perú, Colombia, Venezuela, México y España.

Con la colección Educar-Divulgar pretendemos, mediante el análisis de los resultados de nuestra investigación, expuestos en los informes sobre la Generación Interactiva en España e Iberoamérica, ayudar a responder a las preguntas que nos puedan hacer nuestros hijos, nietos o alumnos, influyendo de una forma constructiva para que hagan un mejor uso de las TIC.

Son dos los libros que hemos editado con este fin: Educar Hijos Interactivos, de los profesores Xavier Bringué Sala y Fernando García Fernández, y Nativos Interactivos del profesor Fernando García Fernández. Hoy presentamos el tercer libro: Internet en la vida de nuestros hijos, del profesor Fernando García Fernández. Este libro pretende de una forma fácil, sencilla y amigable, profundizar en las situaciones cotidianas y reales que se dan entre l@s niñ@s y adolescentes y su relación con Internet, y por ende, como decía con anterioridad, dotar de herramientas a los adultos que les permitan una mejor interacción con ellos.

Desde el Foro entendemos que la buena educación va acompañada de grandes dosis de paciencia, comprensión y reflexión, y de alguna forma, y necesariamente con humildad, los adultos debemos ponernos en la situación del niñ@ o adolescente y reflexionar juntos sobre los temas a debatir.

El camino es largo y duro, pero la motivación y ganas de ayudar que se esconde detrás de todo este trabajo es inmensa. El Foro Generaciones Interactivas está siempre a la entera disposición de cada uno de los lectores, y para nosotros será un verdadero placer que nos hagan llegar sus inquietudes, observaciones o sugerencias. Para nosotros serán una inestimable ayuda de cara a preparar nuestro próximo trabajo. Pueden hacerlo a través de nuestra web:

www.generacionesinteractivas.org

Benilde Caro Ortega

Director General FGGII

CAPÍTULO 1

DE LA NADA A LA WEB 2.0

1. DE LA NADA A LA WEB 2.0

Quizá pueda parecer extraño que comience este texto con un breve reseña histórica de la red Internet, sin embargo, conocer algo de su devenir puede ayudarnos a comprender el porqué de su repercusión social.

El origen militar

Los orígenes más remotos de Internet cabría situarlos en el contexto sociopolítico originado al finalizar la Segunda Guerra Mundial, en la llamada Guerra Fría. En esos años, las dos superpotencias mundiales, los Estados Unidos de América (EEUU) y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), se disputaban el dominio mundial y cualquier pequeño detalle que pudiera indicar cierta supremacía del uno sobre el otro, sobre todo en el ámbito militar, podía inclinar la balanza hacia uno de los dos bandos.

En 1957 se produce uno de esos acontecimientos: la URSS, mediante el exitoso lanzamiento del satélite artificial llamado “Sputnik”, se coloca en una clara posición de dominio estratégico, tecnológico y militar. Para paliar este hecho, el general Dwight Eisenhower, a la sazón presidente de los EEUU, ordena la creación de la Advanced Research Projects Agency (ARPA), con el fin de recuperar la supremacía mundial en el campo tecnológico. Los investigadores americanos adoptan como objetivo prioritario el desarrollo de una red de comunicación entre ordenadores. Dicha red debía ser indestructible; para ello se concibió con carácter descentralizado, es decir, compuesta por varios ordenadores localizados en puntos alejados geográficamente. Todos funcionaban como nodos de la red de igual importancia y, por tanto, tenían la posibilidad de crear, transmitir y recibir mensajes, de manera que la destrucción de cualquiera de ellos no impedía la comunicación entre los restantes. En 1973, pueden establecerse conexiones entre ordenadores de países tan distantes como el Reino Unido, Noruega y los propios Estados Unidos.

El salto al ámbito civil

La mayoría de los historiadores considera que el nacimiento de Internet se produce en 1983. En este año, el Departamento de Defensa de los EEUU procedió a la separación de las partes civil y militar de la red de ordenadores creada hasta la fecha.

Las Universidades son las primeras en aprovechar una infraestructura que permite conectar varios centros académicos entre sí, potenciando la comunicación y colaboración de la comunidad científica.

En 1989 se produce otro importante acontecimiento; sin él, sería muy difícil explicar la explosión de Internet. Tim Berners-Lee, un científico británico de Laboratorio Europeo de Física de Partículas (CERN), inventó la World Wide Web (www); literalmente, la “red que envuelve el mundo”. Para ello, combinó dos tecnologías, el hipertexto y el protocolo de comunicaciones de Internet, con el objetivo de encontrar un método eficiente y rápido para intercambiar datos entre científicos. Quizá sin preverlo, acababa de desarrollar un modelo de acceso a la información intuitivo e igualitario, por lo que rápidamente se popularizó. También en ese año, la Universidad de McGill de Montreal desarrolló Archie, un programa que realizaba búsquedas en una base de datos que contenía información sobre lo almacenado en la Red; tratándose, por tanto, del primer buscador.

Al parecer fue el 12 de diciembre de 1991 cuando se creó el primer sitio web de la historia. Todo su contenido consistía en tres líneas de texto, un enlace a un correo electrónico y otro a una base de datos científica. Su diseño gráfico era más sencillo que el de un telegrama y, por supuesto, no contenía ningún elemento multimedia: gráficos, sonidos, vídeos... Su creador fue Paul Kunz, un físico de la Universidad de Stanford, en California, y lo hizo tras visitar el CERN y entrevistarse con el mencionado creador de la World Wide Web.

El propio Tim Berners-Lee, desarrolló en ese mismo año de 1991 el primer esbozo de navegador de Internet y lo puso a disposición de todo el mundo en la Red, para que los investigadores pudieran seguir desarrollándolo. Algo que cristalizó en 1993, año en el que se produjo el lanzamiento de Mosaic, un visualizador de páginas web de instalación sencilla, fácil utilización y que ya contenía muchas de las opciones y características de los navegadores más populares en la actualidad. El acontecimiento se debe al ingenio y dedicación de Marc Andreessen y su equipo, del National Center for Supercomputing de la Universidad de Illinois.

La nueva etapa

A partir de 1995 empieza una nueva etapa. Después del nacimiento bajo el auspicio militar y la aplicación no bélica en las universidades, se intuye el enorme potencial económico asociado a la Red, debido a las casi ilimitadas posibilidades de distribuir información y permitir la comunicación entre seres humanos. Comienza, por tanto, su colonización por parte de empresas, instituciones de tipo muy diverso y usuarios particulares. Podríamos decir que en esas fechas nace la web 1.0, la web del consumidor de contenidos o servicios: el que busca información, adquiere un producto o se comunica mediante correos electrónicos.

Hoy en día el acceso a Internet está cada vez menos vinculado a los ordenadores y más a otros aparatos como teléfonos móviles o televisores. A su vez, han caído algunas de las barreras que impedían el acceso masivo a Internet en los primeros años. Factores como el precio de la conexión, la calidad y rapidez de la transmisión, el coste de los aparatos o la simplicidad de uso han conseguido que en muy pocos años casi todos los hogares españoles cuenten con acceso al ciberespacio.

Para hacernos una idea del desarrollo de Internet en el tiempo y su espectacular crecimiento, pueden ser útiles un par

de datos. Por un lado, el número de usuarios de Internet en el mundo era de trescientos sesenta millones en el año 2000, mientras que en la actualidad ya sobrepasa los mil cuatrocientos millones. Por otro lado, el número de sitios de Internet –lugares en los que existe algún tipo de información accesible a todos los internautas- era en 1993 de ciento treinta; en el 2001 la cifra se había disparado hasta superar los treinta y un millones; en la actualidad se calcula que hay más de cien millones.

Otro hito importante, que también explica el espectacular crecimiento de Internet, es la aparición de la web 2.0, la llamada web social. El principal cambio con respecto al modelo anterior es que el usuario no sólo es consumidor sino que también produce contenidos que pone a disposición del resto del mundo. Así, hoy es muy habitual ser administrador de un blog personal, tener perfil en alguna red social o interactuar en algún universo virtual, y a casi todos nos suenan palabras como Facebook, Tuenti, Twitter o Second Life.

El futuro desarrollo de Internet es tan imprevisible como lo son los constantes avances tecnológicos a los que estamos asistiendo. Ya se habla de la web 3.0, la web semántica, la web inteligente, la web 3D,... habrá que estar atento.

En el siguiente capítulo intentaremos descubrir cómo nos están afectando estos vertiginosos cambios tecnológicos a nosotros y a nuestros hijos.

CAPÍTULO 2
¿SON DISTINTOS
NUESTROS HIJOS?

2. ¿SON DISTINTOS NUESTROS HIJOS?

Asegura el Dr. Gary Small, uno de los neurobiólogos más importantes de los Estados Unidos, que “la actual eclosión de la tecnología digital no sólo está cambiando nuestra forma de vivir y comunicarnos, sino que está alterando, rápida y profundamente, nuestro cerebro”. Y menciona unas cuantas consecuencias prácticas de este hecho, “además de influir en cómo pensamos, nos está cambiando la forma de sentir y comportarnos”. Además, hace hincapié en un hecho fundamental, la rapidez a la que se está produciendo esta evolución, lo que “es posible que constituya uno de los avances más inesperados y de mayor importancia de la historia del ser humano. Tal vez nuestro cerebro no se haya visto afectado con tanta rapidez y radicalidad desde que el hombre primitivo descubrió el uso de herramientas”.

El distinto contexto que les acompaña

A lo anterior se suma en el caso español que nuestros hijos están creciendo en un contexto social, cultural y educativo radicalmente distinto al que nos acompañó a nosotros, sus padres y profesores. Ya casi nadie duda de que los “viejos” modelos educativos no encajan en su “forma de ser”, y de que esto origina frecuentes tensiones, tanto en la escuela como en la familia.

Estos chicos y chicas han nacido inmersos en un periodo de expansión económica, bienestar material y alto consumismo. Por otro lado, es habitual que vivan en hogares con un reducido número de miembros, con la madre incorporada al mercado laboral y con una evidente dificultad para conciliar, por parte de todos, la vida laboral, personal y familiar. Además, la creciente inseguridad de nuestras ciudades ha dificultado que los menores puedan ocupar parte de su tiempo libre jugando al aire libre. La confluencia de todos estos factores explica que muchos hayan crecido rodeados de todo tipo de artilugios tecnológicos que les hicieran más grata la soledad.

Además, no hay que olvidar que estos chicos y chicas son hijos de los que nacimos en torno a mayo del 68. Hay autores que resaltan lo que este acontecimiento ha supuesto para la instauración de la cultura del “haz lo que quieras” o el “prohibido prohibir”, y el paulatino deterioro de la autoridad en la familia y la escuela.

Las circunstancias relatadas en los anteriores párrafos explican algo que se constata a primera vista: la frontera entre infancia y madurez se ha difuminado. Los niños y niñas de esta generación manifiestan muchas características propias de los adultos: disponibilidad de recursos económicos, acceso a contenidos reservados a individuos de mayor edad o cierta independencia a la hora de elegir medios, productos y servicios.

La Generación Interactiva

Por otro lado, nuestros hijos forman parte de la Generación Interactiva, caracterizada porque al alto grado de posesión de pantallas y tecnologías digitales le han añadido un mayor grado de interactividad entre el hombre y la tecnología, o entre los propios seres humanos gracias a ella. Esto les confiere unas características algo peculiares que conviene conocer.

Por su repercusión mediática, quizá fue Tapscott quien, al final del pasado siglo, dio el pistoletazo de salida a las obras que reflexionaban sobre la relación de los niños y jóvenes con los medios digitales, cuando publicó “Growing Up Digital: The Rise of the Net Generation”.

Repasando la literatura encontramos que el autor más citado a la hora de describir cómo son estos adolescentes es Mark Prensky. En el año 2001 publicó su artículo “Digital Natives, Digital Immigrants”, que rápidamente alcanzó gran popularidad y sirvió para que otros autores se interesaran por este asunto. En el año 2007 publiqué junto a Xavier Bringué el libro “Educar hij@s interactiv@s”; en el primero de sus capítulos

intentamos, a partir de las ideas de Prensky y las aportaciones de otros autores como Salomon, Greenfield, Tapscott o Gros, definir unas cuantas características de la Generación Interactiva, para entender la forma en que, de la mano de la tecnología, los seres humanos estaban modificando los modos de comunicarse, estudiar o relacionarse.

Así, nuestros hijos tienen una gran facilidad para procesar información rápidamente. Reciben mucha información y la adquieren por muchos canales distintos. La selección tanto de la información como del canal responde a un impulso muy rápido, que no siempre ha sido pensado ni implica necesariamente una posterior reflexión. Por ello, muchas veces no realizan un análisis crítico de la información recibida.

No es difícil imaginarlos en continua acción porque tienden a pensar que es más importante hacer que hacer bien, por lo que les cuesta mucho reflexionar sobre sus propias actitudes y conductas.

Además, necesitan recibir una recompensa inmediata en lugar de gratificaciones que se materializarán a medio o largo plazo. Necesitan saber para qué les sirve lo que van a realizar en el mismo instante en el que se proponen realizarlo.

Tienen la atención más diversificada. Por eso son capaces de realizar varias tareas de forma simultánea como, por ejemplo: escuchar música mientras leen, mantener varias conversaciones en el Messenger a la vez que estudian o hacen la tarea, hablar con los amigos que están presentes al mismo tiempo que envían mensajes a los ausentes.

El texto les sirve para ilustrar la imagen: sólo en el caso de que no comprendieran ésta se acudiría a aquel. Ciertamente, tienen la inteligencia visual muy desarrollada.

Se mueven en un medio en el que la información se organiza de una manera absolutamente distinta a la utilizada en la escritura convencional. Por ello, los libros les pueden resultar extraños y les cuesta tanto la lectura pausada de un texto.

Están creciendo en un mundo conectado tanto sincrónica como asincrónicamente. Esto les ha generado, por un lado, la necesidad de estar permanentemente conectados. Por otro, una nueva manera de enfrentarse a los problemas o satisfacer las necesidades: cualquier persona del mundo puede resolvérselos o dar cuenta de ellas con tal de que esté conectada a Internet; cualquier pregunta o petición puede encontrar respuesta en la enorme base de datos o la grandiosa comunidad de personas que es la Red. En consecuencia, no suelen pensar ni evaluar la validez o bondad de la respuesta obtenida. Además, los padres y los profesores dejamos de ser la única fuente de conocimiento, lo que nos puede erosionar la autoridad.

Les encanta lo fantástico, para convencerse de ello basta con observar los libros que leen, las películas que ven, los videojuegos que juegan o el imparable éxito de los mundos virtuales que nacen en cualquier esquina del ciberespacio.

Su identidad digital tiene tanto valor o más que la real. Por ello le conceden tanta importancia y le dedican tanto tiempo y atención a lo que se dice de ellos en la Red, o a las fotos o vídeos en los que aparecen. Además, experimentan nuevas formas de relacionarse y, muchas veces, expresan emociones y proporcionan información propia o de otras personas, en diversos formatos (texto, audio o vídeo), sin pudor alguno.

Utilizan e incluso dominan los medios de producción digital: cámaras de foto y vídeo, programas para el tratamiento fotográfico, la edición de vídeo o la creación de páginas web. Es decir, no son sólo consumidores digitales, como muchos adultos, sino que también producen. Además, quieren estar a la última tanto en hardware como en software.

En conclusión: distintos

Leído lo expuesto hasta ahora, no hace falta ser un experto sociólogo para darse cuenta de que los progenitores somos en

general bastante distintos a nuestros hijos. Y no hablamos sólo de la habitual brecha generacional que siempre ha existido. En la actualidad el cambio es tan profundo que no puede ser explicado sólo como una moda que surge para diferenciarse de los padres. El Dr. Small, al que hemos citado anteriormente, lo expresa de la siguiente forma: “antes los jóvenes se solían rebelar contra la forma de comportarse de sus padres durante cierto tiempo, y luego también ellos acababan por integrarse en la sociedad de sus mayores –adoptaban la mayor parte de los principios, actitudes y valores de la generación anterior, al tiempo que vertían en esa mezcla su propia cultura, sus opiniones y su forma de ver las cosas-. Hoy, en cambio, las mentes digitales se están adaptando a una cultura nueva regida por la tecnología y que se impone al modo de vida de baja tecnología de ayer”.

Un último hecho que conviene resaltar es que, quizá por primera vez en la historia, los hijos saben mucho más que sus padres y madres sobre algo que, como hemos visto, está resultando crucial a la hora de configurar su “forma de ser”, sus valores y actitudes. Los niños y niñas españoles declaran ser los “expertos tecnológicos” del hogar, han aprendido a manejar la tecnología digital de manera autónoma, sin la mediación educativa de un adulto, reconocen ser los que más saben sobre ella y los que hacen un uso más intensivo y multifuncional. Por tanto, es evidente que frente a las nuevas pantallas y a Internet la generación interactiva va por delante en conocimiento y uso, hecho que sitúa a los progenitores en clara desventaja, incluso, puede llegar a cuestionar su autoridad para ejercer cualquier mediación.

Ante este panorama, aparentemente desolador, podemos adoptar dos actitudes. La primera, la más cómoda, es dejarnos llevar esperando que al final todo salga bien. Pensar que la distancia entre el mundo sensato del que educa y el mundo inmediato del que aprende siempre ha existido. Confiar en que, a pesar de la brecha generacional, del enfrentamiento entre educador y educando, las cosas acaban bien y aquí estamos

nosotros, que también fuimos adolescentes rebeldes, para certificarlo.

La segunda pasaría por creer que es verdad que los niños y niñas de esta generación son radicalmente distintos a sus padres y madres, que la diferencia que nos separa de ellos no se explica tan sólo con la habitual brecha generacional, y actuar en consecuencia. Para ello proponemos constituir una familia interactiva. Dedicaremos el próximo capítulo a explicar en qué consiste.

CAPÍTULO 3
HACIA LA FAMILIA
INTERACTIVA

3. HACIA LA FAMILIA INTERACTIVA

Como hemos descrito en el capítulo anterior, nuestros hijos son consumidores y productores activos de contenidos digitales, experimentan nuevas formas de relacionarse, encuentran caminos distintos y desconocidos para resolver sus dudas o problemas, propagan informaciones y emociones sin pudor alguno, tienden a hacerlo todo a gran velocidad y con muy poca reflexión, etc.

Por el contrario, los progenitores somos consumidores pasivos, inexpertos y timoratos de las tecnologías digitales. Defendemos a ultranza la transmisión cultural basada en el texto y en la distribución lineal de los contenidos. Pensamos que los padres o profesores seguimos siendo las únicas personas a las que acudir para solucionar problemas o inquietudes. Creemos que la relación humana sólo es posible cara a cara, somos muy celosos de nuestra intimidad y no aireamos las emociones.

Estas diferencias evidentes han llevado a diversos autores a hablar de los nativos digitales –los hijos- y los inmigrantes digitales –los padres- y de la dificultad de encontrar puntos de encuentro entre ambos. Y es evidente que si no nos esforzamos por estrechar el margen que nos separa en cuanto al uso de estos nuevos medios no podremos mediar educativamente sobre ellos y no podremos mostrar con nuestro hacer el buen hacer.

El “migrante digital”

Frente al nativo digital, que nunca podremos ser, o al inmigrante digital, que nos deja muy poco margen de maniobra desde el punto de vista educativo, debe emerger la figura del migrante digital. Es decir, el adulto que usa la tecnología de manera eficaz, que tiende puentes hacia los nativos digitales, que se sumerge en los nuevos entornos donde la información,

la comunicación y el entretenimiento fluyen y se producen de manera distinta, que tiene una visión positiva de todos estos medios que le sirven para el trabajo y para el ocio.

Como dice Ismael Peña, “es probable que haya que acelerar nuestra “nacionalización” en el mundo digital: siempre nos quedará el acento de nuestra lengua materna, pero únicamente hablando el mismo idioma el entendimiento será posible”. Y lo que es más importante, sólo así podremos ejercer algún tipo de mediación educativa eficaz que vaya más allá de la prohibición absoluta, la censura indiscriminada o el control exhaustivo, y que permita a nuestros hijos desarrollarse como personas libres y responsables.

Es cierto que, como escribe Juan Cueto, “el problema es el profundo duelo generacional entre estos nativos digitales que vinieron al mundo con los bits bien puestos y estos inmigrantes digitales que intentamos reciclarnos para los usos y costumbres de la nueva galaxia. Lo extraño es que a los inmigrantes nos toque el suicida papel pedagógico de intentar convencer en sus propios territorios a los nativos”. Pero para ello contamos con dos ventajas fundamentales: criterio para discernir lo bueno de lo malo y experiencia para implementarlo de forma eficiente. A las que podría sumarse una tercera que no necesita más explicación: sencillamente, queremos a nuestros hijos.

La familia interactiva

Así surge el paradigma de la familia interactiva, aquella en la que sus miembros comparten la experiencia del uso de la tecnología digital. Los progenitores se esfuerzan por entender y compartir estos medios e intentan familiarizarse con esta nueva cultura, los hijos se esfuerzan por cumplir sus obligaciones a la vez que exigen su derecho a no quedar fuera de estos entornos digitales.

En el mundo interactivo, de la misma forma que cuando se va a un país extranjero, se pueden mantener dos actitudes. La primera, poco recomendable, consiste en quedarse en un gueto en el que sólo se conviva con individuos del propio país, con lo que resultará muy difícil empaparse de la cultura y las costumbres de esas tierras y, por lo tanto, relacionarse con sus habitantes. La segunda, más inteligente, consiste en mezclarse con las gentes, intentando aprender su idioma e integrar sus costumbres cuanto antes, lo que permitirá acabar siendo uno más entre ellos. Es cierto que siempre quedarán rasgos del origen personal, pero el esfuerzo, sin duda, habrá merecido la pena.

Nos consta que cada vez son más los adultos que se han apropiado de los medios digitales, han hecho el esfuerzo de adaptación necesario y ya manifiestan muchas de las peculiaridades de esta nueva generación. Estos adultos, a los que se ha venido llamando migrantes digitales, que usan las pantallas y tienden puentes hacia los más jóvenes para llegar a comprenderlos. Que intentan, dejando de lado miedos y reservas, sumarse a los nuevos entornos por los que fluye la información, se produce la comunicación o se disfruta de nuevas modalidades de ocio o relación. Es cierto que, aunque “nacionalizados” en el mundo digital e interactivo, quedarán rasgos indelebles de su pasada condición, pero sólo de esta manera podrán acercarse a sus hijos para mediar educativamente entre ellos y sus pantallas.

Resumiendo, los padres y madres aunque por edad no podamos ser considerados nativos digitales, debemos hacer el esfuerzo de integrar en nuestra vida los medios digitales e interactivos. Este esfuerzo se verá recompensado cuando comprobemos que hemos estado más cerca de nuestros hijos. De lo contrario, nos veremos en la tesitura de decidir y actuar sobre unos auténticos desconocidos, unos individuos que están creciendo en un contexto social, cultural y educativo radicalmente distinto, a los que no se puede responder con las viejas recetas ni catalogar en categorías conocidas.

Quizá a estas alturas se esté planteando resolver el problema desde la radicalidad absoluta y haya optado por impedir la entrada de nuevas pantallas en su hogar. Si la decisión es firme e irrevocable, adelante: es usted muy libre de cerrar este libro y renunciar a vivir en el siglo XXI. Si, por el contrario, es de los que piensa que quizá merezca la pena el esfuerzo de adaptarse a esta nueva realidad, vamos a intentar darle en el siguiente capítulo algunas razones para demostrarle lo buenas que pueden ser las pantallas en la vida de sus hijos.

CAPÍTULO 4
¿INTERNET TIENE ALGO
BUENO?

4. ¿INTERNET TIENE ALGO BUENO?

Internet ha puesto a nuestro alcance toda una serie de posibilidades para el desarrollo personal y para la realización de muchas de nuestras actividades diarias (ocio, trabajo, gestiones administrativas, etc). Todas estas ventajas están sustentadas en el siguiente hecho: la red facilita el acceso a la información, la comunicación y el entretenimiento.

Estas posibilidades, que ya han sido descubiertas por la economía, la empresa, la política o la ciencia, están empezando a explotarse en la educación. Los que somos docentes podemos asegurar, desde nuestra propia experiencia profesional, que Internet es un estupendo aliado de nuestros alumnos para la realización de sus tareas escolares y les permite nuevas formas de relacionarse y divertirse. Además, la web 2.0 les ofrece novedosas maneras de desarrollar su creatividad.

En definitiva, estas tecnologías pueden aportar mucho valor a la educación: son más divertidas, están más de acuerdo con la forma de ser de nuestros hijos y con la sociedad en la que vivimos, y con ellas se puede aprender más y mejor. Por lo tanto, los padres debemos procurar que nuestros hijos se beneficien de ellas. En los siguientes párrafos pondremos de relieve algunas de estas ventajas.

Apoyo para las tareas escolares

La investigación que hemos realizado en España concluye que más de la mitad de los estudiantes entre 10 y 18 años utiliza el ordenador e Internet como apoyo para las tareas escolares. No sólo como fuente de información, sino también para poner en práctica métodos de aprendizaje cooperativo, mediante la realización de proyectos o la resolución de problemas en grupos.

Además, ya empieza a ser bastante habitual que los profesores pongamos a disposición de nuestros alumnos plataformas de aprendizaje on-line, a través de las cuales les ofrecemos múltiples recursos didácticos y educativos, y la posibilidad de autoevaluarse. Esto no es ciencia ficción, ya existen muchas universidades, tanto españolas como extranjeras, en las que se puede estudiar y obtener las titulaciones a través de Internet.

Una nueva forma de aprender

Pero la red no es sólo un lugar en el que encontrar información o desarrollar trabajos conjuntos, también permite realizar un aprendizaje interactivo, de gran valor para fijar numerosos conceptos y ejercitar múltiples procedimientos.

En Internet existen muchos lugares en los que practicar y asentar todo lo que tiene que ver con el aprendizaje mecánico y repetitivo: operaciones aritméticas, reglas ortográficas, listas a memorizar...

También es un excelente lugar para experimentar con simulaciones interactivas de muchas realidades naturales o artificiales que antes o se reproducían a duras penas en los laboratorios escolares o no podían realizarse por la falta de recursos o su alta peligrosidad. Hoy en día, cualquier reacción química, fenómeno físico, aparato mecánico o proceso biológico puede ser simulado de manera virtual con muy bajo coste y sin ningún riesgo.

Posibilita la relación y la diversión

Internet permite la relación social, algo que valoran mucho tanto los chicos como, especialmente, las chicas: el Messenger, las redes sociales o el correo electrónico son muy populares entre ellos ya que ofrecen múltiples oportunidades de conocer, compartir y divertirse.

La causa de este éxito puede explicarse por la aspiración que los seres humanos tenemos de comunicarnos y establecer relaciones con otras personas. Si aceptamos como cierta esta hipótesis, no deberíamos sorprendernos al constatar los elevados porcentajes de utilización de estas herramientas y servicios de Internet y su extraordinaria popularidad.

Fomenta la creatividad

El ordenador y otros dispositivos digitales permiten elaborar creaciones audiovisuales o textos de manera muy sencilla, que luego se comparten muy fácilmente mediante blogs, redes sociales o portales para colgar fotos o vídeos. Estos hechos abren enormes posibilidades para ejercitar la creatividad. Así, por ejemplo, cuatro de cada diez españoles entre 10 y 18 años han creado su página web personal o su blog, lo que les sirve para expresar su opinión, escribir sobre lo que les gusta o compartir información.

Facilita la solidaridad

Internet también ofrece muchas oportunidades en el ámbito de la solidaridad entre los seres humanos. Esto facilita que los chicos y chicas salgan de sí mismos y se abran a los demás, que descubran las penurias que sufren muchos hombres y mujeres, ¡tantos niños y niñas! Gracias a las redes sociales es muy fácil contactar y conocer grupos de jóvenes que dedican parte de su tiempo libre a los más necesitados.

Este tipo de actividades les reportan muchas satisfacciones y permiten que aumente su autoestima, al sentirse útiles. Además, les hace mejores personas.

Una lista de oportunidades a modo de resumen

El profesor Pere Marquès en un artículo titulado “Usos educativos de Internet”, resume en una lista muchas de las

ventajas que ofrece la red a los estudiantes. Aunque algunas ya las hemos desarrollado de forma breve en los párrafos anteriores, la reproducimos en las siguientes líneas, casi de forma literal, a modo de resumen de este capítulo.

- Universalización de la comunicación, posibilidad de comunicación con todo tipo de personas: compañeros, profesores, expertos...
- Entorno propicio para un aprendizaje cooperativo, la resolución de problemas y la realización de proyectos entre estudiantes y entre estudiantes y profesores.
- Desarrollo de habilidades básicas de lectura, escritura y expresión.
- Punto de encuentro entre profesores y estudiantes de todo el mundo.
- Acceso fácil y económico a un inmenso caudal de información multimedia de todo tipo.
- Conocimiento de otras lenguas y culturas.
- Oportunidad de practicar otros idiomas, especialmente el inglés.
- Desarrollo de habilidades de búsqueda, selección y organización de la información.
- Difusión universal de las creaciones personales.
- Posibilidad de contactar con las personas que han elaborado la información que se está consultando para pedir nuevos datos o compartir opiniones.
- Familiarización con esta tecnología, sus lenguajes y sus protocolos.

Vistas muchas de las oportunidades que Internet les ofrece a nuestros hijos en el ámbito escolar y educativo, dedicaremos

el siguiente capítulo a repasar algunos de los inconvenientes que pueden presentarse. Incidiremos en las maneras de minimizar los riesgos potenciales que les acechan durante sus incursiones en el ciberespacio.

CAPÍTULO 5
LA IMPORTANCIA
DE LA EDUCACIÓN

5. LA IMPORTANCIA DE LA EDUCACIÓN

Tras leer el capítulo anterior, quizá se estén preguntando: ¿pero esta gente piensa que Internet sólo tiene cosas buenas? Y la respuesta inmediata es: ¡por supuesto que no! Sabemos que también existen riesgos. Negarlo sería adoptar la actitud del avestruz que esconde la cabeza bajo el ala cuando acecha el peligro.

Es más, estamos casi seguros de que si hiciéramos una encuesta entre ustedes, los padres y madres que están leyendo estas páginas, sobre los peligros de Internet, saldrían a relucir temas relacionados con la adicción a las pantallas, el acceso a contenidos inadecuados, las relaciones poco convenientes o incluso peligrosas que pueden establecerse o los actos delictivos que pueden perpetrarse con relativa facilidad y aparente impunidad.

Estas crudas realidades, tan presentes en los medios de comunicación que ocupan casi diariamente algún lugar en las portadas, pueden hacer pensar a los padres que la mejor solución de cara a preservar la integridad física y moral de sus retoños es impedirles el acceso a Internet. Sin darse cuenta de que el resultado puede ser casi tan catastrófico como el que se obtendría si hubiera una ausencia total de mediación educativa. Como hemos apuntado unas páginas antes, ni la prohibición absoluta ni la censura indiscriminada ni el control exhaustivo van a conseguir que los niños acaben siendo adultos libres y responsables. Más bien aumenta el riesgo de que acaben siendo personas temerosas, con baja autoestima, muy poca iniciativa y alta probabilidad de fracasar en la vida.

Sin olvidar que se les está privando de todos los beneficios que puede aportarles una relación saludable con las pantallas, como hemos visto en el capítulo anterior.

Podríamos redactar una especie de artículo de obligado cumplimiento en los hogares españoles en este comienzo del

siglo XXI: los hijos tienen el derecho de acceder a Internet y la obligación de cumplir las condiciones que sus padres han fijado para asegurar que la “ciberexperiencia” sea lo más beneficiosa posible.

Instrucción versus educación tecnológica

Sabemos perfectamente que los niños instruidos en el uso de la tecnología serán capaces de utilizarla eficazmente (casi con seguridad, más que cualquier adulto), pero sólo los que hayan sido educados en su uso harán cosas buenas para él y para el resto de la sociedad. En palabras de d. Iñaki Urdangarín, duque de Palma y presidente de honor del Foro Generaciones Interactivas, “se trata de educar en un uso correcto de los medios para que sirvan al mejor de los fines: la formación de una generación interactiva que sea dueña de las grandes oportunidades que les ofrecen las pantallas y no esclava de sus rincones más oscuros”.

Dicho sea de paso, el Foro tiene como misión “promover un uso de la tecnología que haga mejores a las personas”, lo que ya es toda una declaración de intenciones.

Una tarea urgente

Esta tarea educativa y formativa sobre el buen uso de Internet es urgente. Los datos del primer estudio de la generación interactiva en España, presentado por el Foro Generaciones Interactivas en octubre de 2010, en el que participaron casi 13.000 escolares españoles de entre 6 y 18 años, son concluyentes. Entre otras cuestiones, nos permiten asegurar que estamos ante una generación equipada tecnológicamente y que accede de forma precoz al universo digital.

Así, en el 97% de los hogares españoles con hijos entre 10 y 18 años hay ordenador y en el 82% conexión a Internet.

Porcentajes significativamente superiores a la media española, por lo se puede concluir que son los menores los que animan a sus padres a conectar los hogares a la red. Además, los niños acceden a Internet a muy temprana edad, antes de cumplir los diez años el 71% ya ha tenido experiencias en el ciberespacio.

Una nueva dimensión educativa

Si los hogares españoles con niños son en realidad “ciberhogares”, ya que en ellos la penetración de Internet es altísima y se usa con mucha frecuencia, ¿no debería la familia asumir con mayor intensidad la formación para el buen uso de las pantallas? Además, si uno de los pilares de la educación y el aprendizaje es la observación de modelos a seguir, ¿no deberíamos convertirnos los adultos en un testimonio de alto valor educativo en cuanto al buen uso de Internet? ¿No es cierto que, como dice el clásico, “las palabras mueven, pero el ejemplo arrastra”?

Asumir esta nueva dimensión educativa familiar, la mediación entre las pantallas y los hijos, arroja sus frutos casi de manera inmediata. Si en la muestra del estudio que hemos citado nos fijamos en los chicos y chicas que en alguna ocasión comparten el uso de las pantallas con alguno de sus progenitores, encontramos diferencias de actitud muy importantes, que van a permitir una relación más saludable con las pantallas.

¿El punto de mira mal situado?

Da la impresión de que durante algún tiempo los educadores nos hemos fijado excesivamente en la pantalla, en la propia tecnología, sin percatarnos de que lo realmente importante estaba al otro lado de ella, en el ser humano que la usaba. Por eso, se ha invertido mucho en dotar de hardware y software tanto los colegios como los hogares. Lo que, dicho sea de paso, está muy bien y merece todo nuestro elogio. Pero se echa

en falta un esfuerzo similar para conseguir educar en el buen uso. Aunque no es tarea sencilla porque faltan referentes educativos: es difícil educar sobre aquello para lo que no has sido educado. Es más, a nada que nos descuidemos, los adultos podemos convertirnos en un mal referente.

La ignorancia, el mayor de los peligros

Hemos citado algunos de los riesgos que acechan a nuestros hijos en Internet, aunque el más peligroso es el que no se suele mencionar: la ignorancia de los educadores que les lleva a no realizar ningún tipo de mediación educativa.

El que ignora vive tranquilo, dado que lo que desconoce no puede alterarle. Lo ignorado ni le preocupa ni le ocupa, por lo que, consecuencia inmediata, no podrá minimizar los hipotéticos desmanes que produzca. En esta coyuntura, habitualmente, cuando el problema le “estalla en las manos” ya es demasiado tarde. Siempre se ha dicho que “la ignorancia es la madre de todo atrevimiento”; en el caso que nos ocupa además puede ser el principio de todos los desastres. Las pantallas que pueblan nuestros hogares, junto a ventajas infinitas, las más, pueden ejercer una influencia negativa sobre nuestros hijos, y tenemos la obligación de conocerlas y actuar para minimizar sus riesgos y maximizar sus oportunidades.

Los cuatro factores

Los padres y madres deberíamos prestar atención a cuatro factores a la hora de mediar educativamente entre nuestros hijos y cualquiera de las pantallas que utilizan: el tiempo, el lugar, la compañía y el contenido.

En los siguientes párrafos mostraremos cómo están usando Internet los chicos y chicas españoles a la luz del estudio que venimos citando. Al hilo de estos datos estadísticos extraeremos algunas conclusiones educativas.

Tiempo

El tiempo hace referencia tanto a la cantidad como al momento. Es decir, deberíamos preocuparnos de cuánto usan nuestros hijos Internet, pero también de cuándo lo hacen.

Si nos referimos al cuánto, la mayoría de los chicos y chicas españoles le dedican más de una hora al día. De lunes a viernes, se observa una distribución similar entre los que afirman usar la red menos de una hora, entre una y dos horas o más de dos horas, siendo este porcentaje en torno al 30%. Al llegar el fin de semana, como hay más tiempo libre, crece el porcentaje de individuos que dedica más de dos horas al día a conectarse a Internet, llegando hasta el 38%, mientras desciende el de aquellos que le dedican menos de una hora.

Una primera reflexión educativa nos lleva a considerar si el hecho de que los adolescentes dediquen a Internet más de dos horas al día puede conllevar algún tipo de problema relacionado con la adicción.

La manera de confirmar si nuestro hijo o hija está abusando de la pantalla, si está “enganchado” a ella, es preguntarnos si lo que hace tiene algún fin predeterminado o se trata tan sólo de “pasar el tiempo” o “matar el aburrimiento”. Se trata de preguntar no sólo por el cuánto sino el por qué y el para qué. Como en el siguiente capítulo nos referiremos más concretamente a la adicción a Internet, dejamos para entonces las formas de detectarla y tratarla.

Si nos referimos ahora al cuándo, el principal problema educativo es que nuestros hijos pueden desplazar otras actividades importantes para su desarrollo físico, psíquico, emocional o intelectual por un uso desordenado de Internet. En este sentido, sabemos que uno de cada cuatro españoles entre 10 y 18 años admite haber disminuido el tiempo dedicado al estudio o la lectura, un 15% a la relación familiar y otro 15% a la práctica de deportes.

Habría que prestar especial atención a las noches. Habría que verificar si los niños y niñas duermen suficiente o, por permanecer conectados, están restando tiempo de descanso nocturno. Esta situación sin aparentes consecuencias si es esporádica, sostenida en el tiempo acarrea una llamativa disminución del rendimiento escolar y un sinfín de problemas físicos y psíquicos.

Lugar

El lugar desde el que acceden puede ser público o privado.

Son públicos los lugares en los que el niño o la niña pueden sentirse “vigilados” de alguna manera mientras navegan por la red, lo que sin duda minimiza muchos de los riesgos que hemos venido citando. Entrarían dentro de esta categoría lugares como los cibercentros o locutorios de Internet, las bibliotecas o el colegio. También sería público el propio hogar, siempre y cuando el acceso se produzca desde una zona común de la casa, en la que cualquier miembro de la familia pueda presentarse sin previo aviso y pueda verificar al instante lo que está ocurriendo en la pantalla.

Por el contrario, serían privados aquellos lugares en los que el niño o la niña se sienten a salvo de observadores, por lo que se sienten libres de navegar por donde les de la gana o utilizar los servicios que les apetezcan. El lugar privado más recurrente es el propio dormitorio.

Los datos del estudio sobre la Generación Interactiva en España muestran que el 89,0% de los adolescentes españoles navega por Internet desde su hogar, siendo esta la opción más habitual. Además, uno de cada tres tiene el ordenador en su propia habitación. Sobre este dato y sus repercusiones educativas reflexionaremos en el siguiente capítulo.

Otros lugares desde los que acceden a la red, ordenados según su frecuencia son: la casa de un amigo (29,4%), el colegio (28,5%), la casa de un familiar (24,4%) o un “ciber” (10,2%).

Una mención aparte merece el acceso desde los teléfonos móviles, los “smartphones”. Nuestro estudio permite confirmar que en España uno de cada diez adolescentes accede a Internet desde estos dispositivos, en muchos casos con una tarifa plana que le permite conectarse todo lo que quiera sin aumentar el gasto. Y la tendencia indica que va a producirse un espectacular crecimiento, por lo que es de esperar que en muy poco tiempo este acceso será masivo.

Sin apenas darnos cuenta, estamos pasando de un escenario en el que las pantallas –televisor, videoconsola, ordenador, etc.- estaban en el hogar a otro en el que la pantalla única y multifuncional se encuentra en el bolso o en el bolsillo. Pasamos de la family screen –pantallas en el hogar con uso más o menos mediado- a la bedroom culture –pantallas en la habitación del menor sin mediación adulta- y de esta a la pocket screen –pantalla multifuncional de uso no mediado-.

Esta novedad acarrea unas repercusiones educativas que habría que empezar a considerar seriamente. Aunque no vamos a detenernos más en ellas, sí podemos mencionar que la mediación entre el menor y la pantalla, que ya resultaba complicada en el hogar, puede resultar imposible si el niño o la niña disponen de esta tecnología y “barra libre” para conectarse cuando quieran y a dónde quieran. Por lo que habría que valorar la conveniencia de que dispongan de ella.

Desde luego, impone una urgencia mayor a la educación para el buen uso de las pantallas; antes de que el Smartphone esté en su poder, el menor debería conocer los principales riesgos que existen y asumir una forma de funcionar segura y saludable.

Compañía

Al hablar de compañía nos referimos a dos realidades muy distintas. La primera haría referencia a si el menor navega acompañado de manera presencial por otras personas que le guían o aconsejan. La segunda a si Internet le posibilita algún tipo de relación virtual.

Los datos del estudio que hemos realizado en España muestran que la experiencia de uso de Internet es autónoma, con marcado carácter social y escasa mediación adulta. Así, el 86,5% de los adolescentes españoles que usa Internet está sólo frente a la pantalla. Lo que no quiere decir que olviden la componente social: también es bastante frecuente el uso compartido con los amigos (42,9%), los hermanos (26,2%) o, incluso, las madres (17,7%) o los padres (15,8%).

En cuanto a la compañía virtual, la posibilidad que ofrece Internet de contactar con desconocidos es uno de los riesgos más comentados, sobre todo porque los medios de comunicación informan con bastante frecuencia sobre delincuentes que han dañado a menores de edad tras ganarse su confianza a través de Internet. En este sentido, los datos del estudio sobre la Generación Interactiva en España ponen de relieve que, a pesar de todo, todavía hay bastantes chicos y chicas que no tienen inconveniente en relacionarse con personas desconocidas en el mundo real, a las que sólo conocen por sus contactos en Internet.

Uno de cada diez chicos no ve ningún problema en poner su intimidad al alcance de desconocidos, las chicas son algo más prudentes. De media, algo más de uno de cada diez adolescentes no tiene inconveniente en agregar a desconocidos a la lista de contactos del Messenger. Por último, en torno al 16% de los chicos y al 11% de las chicas opina que es divertido hablar con desconocidos a través de Internet.

A este respecto, hay una serie de cuestiones a las que cualquier adolescente debería saber responder antes de tener acceso a Internet: ¿es Internet tan anónimo y seguro como parece?, ¿es prudente poner tu intimidad o la de los demás al alcance de cualquiera?, ¿es aconsejable agregar desconocidos a mi Messenger o abrirles mi perfil en la red social? Volveremos sobre estas cuestiones en el siguiente capítulo.

Contenido

Por último, el contenido se refiere a qué hace el niño con la tecnología y para qué la utiliza.

Si nos fijamos en los servicios utilizados en Internet, la gran mayoría de los adolescentes además de visitar páginas web, buscan comunicarse. Así son muy populares aplicaciones como el Messenger, las Redes Sociales o el correo electrónico.

En cuanto al contenido de las páginas web visitadas, tanto los chicos como las chicas manifiestan preferencias sobre los contenidos relacionados con el ocio. Así en los primeros lugares aparecen los juegos, la música, el humor o los deportes. En clara oposición a estos aparecen los contenidos relacionados con la educación o la cultura, ya que se sitúan en los últimos lugares de la lista.

Es de reseñar la diferencia que se observa en cuanto al acceso a contenidos calificados para adultos; mientras para las chicas no despierta ningún interés, para los varones es el quinto contenido más demandado: uno de cada cinco chicos reconoce visitar ese tipo de páginas. Éste dato puede servirnos para plantearles dos cuestiones: ¿es conveniente visitar este tipo de lugares de Internet?, ¿hay alguna forma, además de su propia fuerza de voluntad, de dificultar el acceso a estas páginas? Y así introducimos el debate sobre la conveniencia de instalar en el ordenador algún software de protección personal. Volveremos sobre este tema en el siguiente capítulo.

Resumiendo, deberíamos dialogar con nuestros hijos sobre cuánto, cuándo, dónde, con quién y para qué usan la tecnología. Para ello, quizá nos ayude responder como educadores a unas cuantas cuestiones. A ello le dedicaremos el próximo capítulo.

CAPÍTULO 6
PREGUNTAS PARA
PROVOCAR LA REFLEXIÓN

6. PREGUNTAS PARA PROVOCAR LA REFLEXIÓN

Plantearemos en este capítulo siete preguntas, con un enunciado que puede parecer en ocasiones absurdo, pero cuyo objetivo es provocar la reflexión sobre ciertos temas que consideramos capitales a la hora de conseguir un uso seguro, saludable y educativo de Internet.

Se refieren a temas tan diversos como las formas de conseguir que nuestros hijos se sientan acompañados en el ciberespacio; que la pantalla ocupe el lugar más adecuado en su vida, aquel en el que sientan el control sutil y distante del educador; que no piensen que tienen todo el derecho a usar la tecnología, pero ninguna obligación de hacerlo de forma adecuada; que los educadores veamos la necesidad de emplear ayudas tecnológicas que protejan tanto al ordenador como al usuario; que conozcamos de qué forma se pueden prevenir la adicción o el ciberbullying; y, por último, que sepamos cómo transmitir a nuestros hijos una serie de normas de funcionamiento en las redes sociales.

¿Abandonarías a tu hijo en medio del océano?

Da la impresión de que la llegada de Internet ha conseguido disminuir de manera drástica la costumbre de compartir las pantallas en familia. Aunque es cierto que cada vez iba siendo más habitual que los menores tuvieran televisor en su propio dormitorio, mirar la televisión seguía siendo una actividad que se hacía en grupo en la sala de estar del hogar. Sin embargo, a la luz del estudio sobre la generación interactiva española que venimos citando, la navegación por la red parece ser más bien una experiencia única y personal.

Por otro lado, no tenemos ninguna duda de que el papel de la familia es de importancia capital para moderar y modelar el uso y acceso a las pantallas por parte de los jóvenes. El hogar

se configura como un espacio donde el joven accede a las pantallas y también adquiere, por interacción con padres y hermanos, pautas y criterios sobre su uso.

La investigación realizada nos permite conocer algunos comportamientos paternos y maternos que nos permitirán arrojar algo de luz sobre la siguiente cuestión: ¿en los hogares españoles en los que convive algún adolescente se está produciendo algún tipo de mediación educativa familiar a la hora de utilizar Internet? Los datos que manejamos nos permiten clasificar la mediación adulta en el hogar en tres categorías:

1. Mediación activa: la más recomendable desde el punto de vista educativo. Implica cierto grado de intervención de los progenitores cuando sus hijos están utilizando las pantallas. El ejemplo más eficaz de mediación activa sería compartir con ellos momentos de uso, navegando por internet. Otras actitudes en sentido activo serían: preguntar por lo que se está viendo o haciendo, echar un vistazo mientras están usando la pantalla o estar en la misma habitación. También podríamos clasificar en esta categoría las prohibiciones razonadas.
2. Mediación pasiva: se trataría de revisar lo realizado a posteriori, bien mediante preguntas o mediante ayudas técnicas (software de control, verificar el historial de navegación, revisar la bandeja de entrada del correo, etc.). Es mucho menos recomendable porque sitúa al hijo o a la hija bajo sospecha (interrogatorios, registros, etc.). En esta misma categoría podríamos situar a los progenitores que prohíben el uso de las TIC sin explicar el porqué de tal medida.
3. Mediación nula o ausencia de mediación: la menos recomendable porque dejan al chico o a la chica totalmente desprotegidos.

Como hemos apuntado en páginas anteriores, casi nueve de cada diez niños y adolescentes españoles que usan Internet están habitualmente solos frente a la pantalla. No llegan a dos de cada diez los que afirman que alguno de sus progenitores les acompaña en alguna de sus singladuras. Aunque también es cierto que cada vez son más los progenitores que, por lo menos, preguntan por lo que hacen sus hijos en Internet, situación reconocida por el 45% de los adolescentes.

Ahora bien, el grupo que más nos preocupa está constituido por algo más de un tercio de estos mismos individuos que reconocen que sus padres se desentienden totalmente de lo que hacen en la red y del tiempo que le dedican. Estos adolescentes no sólo no sienten la presencia física de sus padres cuando salen al ciberespacio sino que ni tan siquiera experimentan el control sutil y distante del que sabe que sus padres controlan. Resumiéndolo: pueden encontrarse completamente desprotegidos ante los riesgos que les acechan en la red.

De la misma forma que ni es posible ni deseable que siempre les acompañemos, sobre todo a partir de cierta edad, es muy aconsejable que los menores perciban estos medios como lugares en los que también existen normas. De lo contrario, si en sus aventuras en estos nuevos universos los adultos se diluyen, los menores conciben la red como un espacio libre y no sometido a ninguna norma.

Una posible estrategia sería la siguiente:

1. Con niños pequeños, desde que son bebés hasta que acaban la Educación Primaria, en torno a los 12 años, los padres deben acompañar a sus hijos en sus salidas al ciberespacio, de manera constante cuando son muy pequeños y de forma esporádica a medida que van cumpliendo años. Deben ser sus guías y compañeros de viaje. Deben proporcionarles buenas experiencias, divertidas y formativas, para que vayan descubriendo las infinitas posibilidades orientadas al bien que se nos ofrecen.

Además, los niños van a crecer con la sensación de que sus padres son auténticos expertos.

2. Cuando comienzan la Educación Secundaria, debemos concederles cierta autonomía, pero siempre deben darnos razón de sus salidas al ciberespacio: dónde, cuándo, cuánto y con qué fin. La navegación sin un fin predeterminado suele acabar en naufragio. Además, si se ha cumplido la etapa anterior, saben de nuestro conocimiento del medio, por lo que sienten nuestra presencia aunque no estemos físicamente presentes, lo que siempre supone un freno a las malas acciones. Es algo similar a lo que sienten cuando se van a enfrentar a la bebida o a la droga o al sexo y son conscientes de que nosotros ya hemos pasado por esa etapa y sabemos lo que puede ocurrir y cuáles son sus efectos, porque estos temas han sido motivo de conversación familiar.
3. Al llegar al Bachillerato, en torno a los 16 años, una vez superada la etapa educativa más complicada, si hemos cumplido las premisas anteriores, ya habrán desarrollado suficiente espíritu crítico y tendrán la suficiente experiencia para discernir el bien del mal. Habrán ganado en responsabilidad por lo que se merecen mayor libertad. En cualquier caso, ya poco más podemos hacer.

¿Pondrías un microondas en su habitación?

Una de las dudas más frecuentes entre los padres de familia que deciden conectar su hogar a Internet, es en qué lugar ubican el ordenador, sobre todo si lo van a usar los hijos. Las encuestas que manejamos nos ilustran sobre cuáles son las opciones más habituales en España.

En el 36% de los hogares en los que hay algún hijo o hija con edades comprendidas entre los 10 y los 18 años el ordenador está en su dormitorio, siendo la opción más habitual. Además, al porcentaje anterior le podríamos sumar otro 11% que declara disponer de ordenador en la habitación de algún hermano.

Aunque es muy posible que se trate del lugar más deseado por el adolescente, pensamos que es el menos adecuado desde el punto de vista educativo, porque dificulta la mediación que deben ejercer los padres. A nuestro modo de entender, esta es la peor de las soluciones, porque en ese lugar es más difícil ejercer un control sobre el tiempo que duran las conexiones, el momento en el que se producen o los contenidos que pasan por la pantalla del ordenador.

¿Cuál es entonces la mejor opción?

En el 21% de los casos la alternativa la ofrece el salón o cuarto de estar. Se trata de una buena elección en cuanto a que es un lugar común, pero tiene la desventaja de que allí puede producirse una competencia entre medios tecnológicos –ordenador, música, consola, televisión,...-. Además, pueden confluír muchos actores con intereses bien distintos, por lo que difícilmente se podrá realizar trabajo académico o laboral alguno con tanto “ruido” en el ambiente.

Imaginemos una estampa que puede ser bastante habitual para intentar aclarar a qué nos referimos con el apunte anterior: uno de nuestros hijos quiere hacer un trabajo con ayuda de Internet, su hermano pequeño está jugando con el característico estruendo y alboroto que producen los niños, mientras la abuela quiere ver la televisión, ¿son estas las mejores condiciones para que todos desarrollen la actividad prevista?

Hay otro 18% de hogares en los que el ordenador se instala en un cuarto de estudio o similar. Creemos que es una buena opción porque es un lugar accesible a todos los miembros de la familia y, por tanto, todos los que lo utilicen se van a sentir “vigilados”. El inconveniente es que, desgraciadamente, dada la escasez de metros cuadrados, no todos los hogares pueden disponer de una habitación libre para dedicarla a esos menesteres.

Una buena solución es un portátil y una red inalámbrica en el hogar. De esta forma, podemos conectarnos a Internet en el lugar en el que sea preciso. Lógicamente, dicho ordenador debe estar bajo control paterno o materno, y sólo se usa cuando hay razones para ello. ¿Se imaginan que lográramos que nuestros hijos nos dijeran siempre cuándo, cuánto y para qué van a usar el ordenador? Tendríamos casi ganada la batalla educativa, por lo que no debería haber mucho inconveniente en que se “encerrara” en su habitación buscando la intimidad y el silencio que se precisa para estudiar con ayuda de Internet o chatear un rato con los amigos.

Es cierto que se trata de la más cara de las opciones –si bien, la diferencia se va haciendo cada vez menor-, pero pensamos que debemos tenerla en cuenta. Según nuestros datos, cada vez son más los padres de familia que optan por esta alternativa; en la actualidad así ocurre en un 15% de los hogares.

Lo que nos parece indiscutible es que, de la misma manera que no se nos ocurriría poner una microondas en la habitación de nuestros hijos, tampoco es conveniente instalar allí un ordenador de manera perpetua, mucho menos si tiene conexión a Internet. De ahí el origen de la pregunta que nos hacíamos.

¿De quién es el ordenador?

Muy relacionado con lo anterior, se nos presenta el dilema de dilucidar quién es el dueño del aparato. Nosotros pensamos que si queremos mantener el control sobre el ordenador deberíamos evitar que nuestros hijos puedan argumentar que es suyo y, por lo tanto, pueden usarlo cuando les apetezca.

Creemos que lo adecuado es hacer saber al menor que el ordenador pertenece a la familia y está tutelado por el padre o la madre, por lo tanto, deben consensuarse entre todos las condiciones de uso: quién, cuándo, cuánto y para qué lo usa. Además se puede establecer más fácilmente una normativa que

recoja tanto las condiciones de uso como las sanciones previstas si se produce algún incumplimiento.

Este asunto tiene una relevancia desde el punto de vista educativo bastante mayor de lo esperado a priori. Tal y como le oíamos recientemente en una conferencia a Fernando Sarraís, un prestigioso psiquiatra de la Clínica de la Universidad de Navarra, si el aparato es del hijo, aunque lo use mal no podemos quitárselo por la sencilla razón de que es suyo y la justicia exige no quitarle a nadie lo que le pertenece. Podremos no pagarle el saldo (él se refería al teléfono móvil, pero creemos que el razonamiento es extensible a cualquier aparato) o la electricidad para que cargue la batería, pero el aparato es intocable.

Una última idea es que, para asegurarnos el éxito en esta cuestión, debemos evitar que algún familiar o amigo se descuelgue sin avisar con algún regalo para nuestros hijos que tenga que ver con estas tecnologías: un portátil, un netbook, un tablet PC, un Smartphone.... Debemos comunicar a nuestros allegados que antes de ofrecer a un menor este tipo de presentes habría que consultar previamente con los padres su pertinencia.

¿Qué se rompe antes, un ordenador o un niño?

Los datos del estudio “La Generación Interactiva en España” indican que el 19,65% de los chicos y el 14% de las chicas tienen instalado un filtro de contenidos en su ordenador. Mientras que, el 68% dispone de antivirus.

Dicho de otro modo, mientras apenas uno de cada cinco adolescentes dispone de algún software que le proteja contra el acceso a contenidos inapropiados, dos de cada tres sí tiene algún programa que protege al ordenador. A primera vista, da la impresión de que nos preocupa tres veces más lo que pueda ocurrirle a la inteligencia artificial de la máquina que a la inteligencia humana del menor que se sitúa al otro lado de la

pantalla. Esta es la razón por la que planteábamos la pregunta con la que encabezábamos este apartado. Y no viene mal recordar en este punto que, tal y como relatábamos en el capítulo 5, a ciertas edades casi la mitad de los chicos accede a páginas que el mismo califica para adultos.

Nosotros les sugerimos que, por supuesto, protejan el ordenador con todo tipo de programas para luchar contra los “enemigos tecnológicos”: antivirus, antiespías, cortafuegos, etc. Pero también que instalen un filtro de contenidos en el ordenador (o en cualquier otro dispositivo con el que se conecten a Internet), para enfrentarse a los “enemigos de la educación”. Sinceramente, nos preocupa que en muy pocos hogares se invierta un puñado de euros para evitar que la inmensa mayoría de las páginas web con contenidos nocivos puedan aparecer en la pantalla que miran los hijos y el resto de los miembros de la familia. Incluso, si el problema es económico, existen soluciones gratuitas como el propio control parental que ofrecen los sistemas operativos más populares.

Sabemos que hay personas a las que esta sugerencia les parecerá antipedagógica. Son aquellas que optan por no poner límites a la curiosidad de los niños; las que alegan que el niño debe experimentarlo todo para descubrir lo bueno y lo malo y elegir en consecuencia. Lo paradójico es que, siguiendo dicha corriente permisiva, nadie nos aconseja que dejemos a los niños jugar al borde de una autopista o gatear por su asfalto.

Hemos leído también que “nadar juntos es mejor idea que filtrar el mar”, bonita metáfora de esa solución ideal que evitaría instalar filtro alguno: que los padres acompañen a sus hijos en sus salidas por el ciberespacio y les vayan diciendo lo que está bien o mal. Pero lo ideal y lo real no siempre coinciden, y en esas excepciones se esconden situaciones de evidente peligro para los menores. A nosotros nos gusta más la idea de nadar en un mar filtrado, algunas veces en compañía otras en solitario.

Desde el punto de vista educativo es muy conveniente explicar a los hijos que ese tipo de programas no se instala sólo por ellos, sino que también nosotros queremos evitar que en la pantalla nos aparezcan cosas inconvenientes. Incluso, decirles que desde el punto de vista práctico, la existencia de un filtro de contenidos nos ayuda a hacer un uso más eficaz de Internet, porque nos quita de en medio muchos lugares en los que, como mínimo, perderíamos el tiempo.

En última instancia el mensaje que estamos enviando a los hijos es: como te quiero, me preocupa lo que pueda ocurrirte, por eso intento protegerte para que no te pase nada malo (argumento que vale tanto para ponerle un cinturón de seguridad en el coche, un casco en la bici o un filtro en el ordenador).

Resumiendo, hay que usar algunas herramientas técnicas para asegurar la mejor calidad posible de los contenidos a los que se accede desde el hogar, las aplicaciones que se usan y el tiempo que se le dedica (filtros de contenidos, bloqueo de aplicaciones, software de control temporal), de la misma forma que hay que instalar herramientas que protejan al ordenador de cualquier ataque.

¿Es tu hijo adicto a la pantalla?

La posible adicción a Internet o a lo que allí puede hacerse (navegar, relacionarse, jugar, comprar...) es una de las cosas que más preocupa a los padres y madres.

Lo cierto es que se trata de un tema que ya ofrece poca discusión. Las primeras posturas, bastante reacias a admitir la existencia de algún tipo de adicción, han ido dejando paso a planteamientos más próximos a la necesidad de ejercer un control sobre su uso temporal para evitar males mayores. A día de hoy ya se habla abiertamente de adicción a Internet (y a otras pantallas) y ya existen en el mundo muchos centros dedicados a tratar este tipo de patología.

Podríamos definir la adicción como aquella enfermedad en la que se necesita algo concreto para estar y sentirse bien, y cuando no se puede conseguir se produce malestar.

Toda adicción es una necesidad a consumir con el fin último de sentirse bien. El consumo puede ser de una sustancia química como por ejemplo las drogas o un comportamiento que alivie la tensión y desencadene, en cualquiera de los casos, una sensación de bienestar.

Una de las razones que solía esgrimirse para negar la adicción a Internet era que no implicaba un deterioro físico o de la salud. Sin embargo, está demostrado que un adicto descuida su alimentación y sus horas de sueño por seguir conectado a su entorno digital. Esto hace que su salud se resienta y empeore debido, entre otras cosas, al deterioro ocasionado en su sistema inmunitario, lo que le hace más sensible a muchas enfermedades.

Para corroborar esta afirmación podemos acudir a la experiencia de otros países, especialmente los orientales, que nos llevan unos cuantos años de ventaja en la implantación y uso masivo de las tecnologías digitales. Por ejemplo, en Corea del Sur los estudios de la Comisión de Protección de la Juventud concluyen que más de la mitad de los adolescentes pensaban que tenían algún problema de adicción a los juegos on-line.

En España, según nuestro estudio, uno de cada tres adolescentes reconoce que se pone nervioso o se enfada cuando no puede o no le dejan navegar por Internet, y ya hay bastantes individuos que están siendo tratados para desengancharse de la pantalla.

La adicción existe y hay que estar especialmente vigilantes con los más pequeños de la casa. Los niños entre ocho y trece años constituyen un grupo de alto riesgo; ya con la adolescencia suele abrirse el abanico de actividades a realizar y llegan nuevos intereses que van más allá del ordenador, por lo

que el riesgo puede disminuir, aunque no desaparece del todo, sobre todo en individuos con cierto perfil psicológico.

Para Echeburúa (1999), hay ciertas características de personalidad o estados emocionales que aumentan la probabilidad de sufrir un desorden de adicción a Internet estos son:

- Déficit de personalidad: introversión acusada, baja autoestima y nivel alto de búsqueda de sensaciones.
- Déficit en las relaciones interpersonales: timidez y fobia social.
- Déficit cognitivos: fantasía descontrolada, atención dispersa y tendencia a distraerse.
- Alteraciones psicopatológicas: Adicciones químicas o psicológicas presentes o pasadas. Depresión.

Conviene llamar la atención sobre el hecho de que algunas de estas características o estados emocionales pueden presentarse de manera transitoria y completamente natural en la adolescencia, por lo que cualquier adolescente es población de riesgo a la hora de desarrollar algún tipo de adicción a los medios digitales. Parece que los datos confirman que la franja de edad en la que tiene mayor incidencia esta patología es la que va de los 12 a los 15 años.

Pero, ¿cómo saber si alguien cercano a nosotros es, probablemente, adicto? Según el psicólogo Enrique Echeburúa, la adicción llega cuando “interfiere en tu vida cotidiana o no se busca esa conducta para pasarlo bien, sino para no pasarlo mal”. Esto se manifiesta en una serie de actitudes que los padres y educadores debemos descubrir, y que pueden sintetizarse en los siguientes puntos:

- El usuario parece estar ensimismado, tan pendiente de lo que está ocurriendo en la pantalla que todo lo demás deja de existir. Es incapaz de apartar los ojos de ella, por lo que no atiende a las llamadas de ningún tipo.

- Pierde interés por otras actividades vinculadas al ocio que antes realizaba con gusto: deporte, lectura, cine, etcétera.
- Tiene trastornos del sueño, muchas veces producidos porque no puede dejar de pensar en la tecnología y lo que podría estar haciendo con ella y, sobretodo, porque la usa por la noche hasta caer rendido, por lo que se quedará dormido durante el día.
- No respeta los horarios habituales de comida o estudio. Por ejemplo, pretende comer cualquier cosa delante de la pantalla en lugar de sentarse a la mesa o intenta hacer la tarea sin apagar el ordenador.
- Se distancia de su familia y de sus amigos. Las relaciones humanas pierden interés. A lo sumo se relaciona con otros individuos que comparten sus intereses para hablar de aquello que les mantiene enganchado, “conversaciones” que muchas veces son on-line utilizando Internet.
- Lógicamente, todo ello desemboca en una llamativa caída en su rendimiento escolar.

Como siempre lo mejor es la prevención. Algunas recomendaciones que pueden hacerse, todas ellas de sentido común y citadas de alguna manera en otras partes de esta obra, son:

- Pactar un horario de utilización. Debe referirse tanto a la cantidad de tiempo como al momento; al cuánto y al cuándo.
- Presentar al menor -cuanto antes y cuantas más mejor- todo un conjunto de actividades de ocio. Compartirlas con él para despertar su interés. Que nuestro hijo no llegue a la preadolescencia sin haber tenido la oportunidad de practicar varias de ellas, lo que le permitirá elegir entre un abanico lo más amplio posible: deportes, música, pintura, actividades al aire libre –montañismo, pesca, caza, esquí,...-, lectura, cine, etcétera.

- Ubicar las tecnologías en su lugar: siempre como un medio de aprendizaje, de diversión, de socialización, nunca como un fin en sí mismo.
- Utilizarlas, al igual que otras actividades de ocio, como un premio por la correcta realización de otras tareas de mayor importancia: deberes escolares, colaboración en las faenas domésticas.
- Convertirlo en una actividad social. En este sentido, hacer lo posible porque se comparta con los hermanos, los amigos, con los mismos padres, evitando el aislamiento del usuario.

¿Es tu hijo víctima del ciberbullying?

Cada vez son más las instancias públicas y privadas que vienen alertando sobre el hecho de que muchos escolares españoles están recibiendo dosis diarias de menosprecio, agresión y amenazas por parte de otros compañeros a través del ordenador. Nuestro estudio apunta el dato, ciertamente alarmante, de que, de media, uno de cada diez menores reconoce haber usado Internet para perjudicar a algún compañero. Una proporción similar reconoce que alguien le ha perjudicado a través de la red.

Aunque las estadísticas a veces son frías, podemos intentar acercar este dato a la realidad personal de cada padre o madre, para que se haga cargo de la tragedia que puede suponer tanto agredir como ser agredido utilizando estos nuevos medios. Si su hija o hijo adolescente comparte clase con otros treinta compañeros, en este mismo momento habrá tres acosadores y tres acosados entre ellos.

Es cierto que el bullying o acoso entre iguales ha existido siempre. ¿Quién no recuerda al matón de la clase campando a sus anchas por el aula: insulto por aquí, mamporro por allá?

Ahora bien, a diferencia de lo que ocurre en el mundo real, en el mundo digital no se necesita ser muy fuerte o contar con

el apoyo de una pandilla para acosar a un compañero, por lo que cualquiera puede ejercer este tipo de agresiones si dispone de la tecnología (y ya sabemos que disponen de ella). De esta forma se explica la gran incidencia del ciberbullying entre los adolescentes.

Cámaras fotográficas o de vídeo, que cualquier menor de edad actual lleva en el bolsillo, posibilitan que se grabe o se fotografíe a algún compañero en situaciones íntimas o comprometidas, por ejemplo cuando está en la ducha o en el cuarto de baño. Esa foto o vídeo, convenientemente manipulado si fuera necesario, se distribuye después entre el grupo de iguales, incluso colgándolo en Internet, para burla de la pobre víctima.

Otra forma de perjudicar a alguien es aislarlo del entorno virtual, sacarlo de la lista de contactos, cerrarle el perfil en la red social, en definitiva, hacerle el vacío sacándolo del grupo de amigos.

Sin olvidarnos de los que se dedican a calumniar o difamar a otros compañeros, atribuyéndoles acciones o comportamientos que pueden marcarlos de por vida (todos sabemos lo fácil que resulta quitarle la buena fama a una persona y lo difícil que es devolvérsela).

Para evaluar correctamente la maldad intrínseca de estos hechos recurriremos a la sabiduría de Eduardo Punset, que recientemente relataba, en un artículo titulado “¿Cuánto nos afectan los insultos?”, el caso de una persona víctima del desprecio de sus compañeros de clase y cuyos males eran achacados al miedo y a la ansiedad. Nadie ponía el énfasis en el factor decisivo: “el desprecio que irrumpe cuando la manada expulsa literalmente a la víctima al espacio no controlado por nadie”.

Y continuaba: “Es el impacto dejado por el desprecio lo que alimenta el miedo, que deja una huella irreparable. La vida carece de sentido cuando el desprecio logra destruir la

confianza en sí mismo y la curiosidad por profundizar en el conocimiento y amor de los demás. Experimentos muy recientes –divulgados por el psicólogo Richard Wiseman- han puesto de manifiesto las repercusiones negativas de las palabras malintencionadas, de los insultos, impropiedades lanzados contra otra persona, de la violencia resultante de la emoción fruto del desprecio. Se ha comprobado que por cada calumnia se requieren cinco cumplidos para compensar el daño infligido”.

Además, los menores pueden demostrar una crueldad brutal y enzarzarse en auténticas espirales de violencia, parapetados tras el anonimato que permiten estos medios. Esto, que es trágico para el acosado, también es pernicioso para el maltratador. Unos y otros van a deformar sus sentimientos lo que puede acarrearles problemas en su vida adulta.

Para unos padres es terrible descubrir que su hijo está siendo acosado, pero también lo es si se trata del acosador: un delincuente (porque es un delito) que hace daño a otros y que, muchas veces, disfruta haciéndolo, aunque sólo sea a modo de broma. Como mínimo, debería ser tema de conversación familiar, como máximo, puede acarrear alguna consecuencia penal (aunque la ley del menor los ampare) y civil (compensaciones económicas por el daño causado).

Además, no hay que olvidar que el menor acosado sufre un auténtico drama, no suele hablar de lo que le ocurre, por temor, por vergüenza, porque piensa que nadie le va a entender o, incluso, porque llega a echarse a sí mismo la culpa de lo que le sucede. Su autoestima caerá hasta límites insospechados y aparecerán, con más frecuencia de lo que pensamos, tentativas de suicidio.

Si observa en su hijo o hija cambios en el estado de ánimo, abandono del grupo de amigos, miedo a relacionarse... puede sospechar que su hijo quizá esté siendo víctima del ciberbullying. En este caso, busque ayuda en su entorno próximo, amigos, profesores, orientador escolar, etc. Si se

confirma la sospecha, tome las medidas pertinentes para poner fin a tan desagradable y peligrosa situación, recurriendo, si no hubiera más remedio, a la denuncia ante las autoridades competentes.

Como medida educativa básica, que este asunto sea tema de conversación frecuente, quizá al hilo de las cada vez más frecuentes noticias en los medios de comunicación. Si su hijo e hija han hablado del tema con usted, estarán más predispuestos a contarle lo que les ocurre si llegara a sucederles. Si han reflexionado en familia sobre la maldad de estos hechos y han hecho esfuerzos por ponerse, aunque sólo sea con la imaginación, en el lugar del agredido, habrá dado un paso crucial para evitar que sus hijos maltraten a cualquier compañero.

¿Los amigos de sus amigos son sus amigos?

Hemos barajado para este apartado un par de títulos más, a saber: ¿dejarías que cualquiera se relacionara con tus hijos? o ¿abrirías una ventana indiscreta en sus vidas? Al final nos hemos decantado por el que mejor reflejaba el gran boom actual de los medios de relación social en Internet: desde el “antiguo” pero masivo Messenger hasta las “modernas” y multitudinarias Redes Sociales en Internet (a las que, dicho sea de paso, les estamos prestando una especial atención en el Foro, tanto desde el punto de vista académico-investigador como en lo referente a lo educativo-divulgativo). Además, por su propia naturaleza, hablar de amistades on-line también nos va a permitir referirnos a la prudencia con la que deben elegirse los contactos virtuales o el valor que se le debe conceder a la intimidad en el ciberespacio.

Los datos de nuestros estudios confirman que en España estos nuevos medios para la comunicación y la relación entre seres humanos están de moda entre los menores. Tanto es así que muchos opinan que no eres nadie si no te invitan a participar en una red social o si no tienes cientos de contactos en ellas.

El 70% de los españoles con edades comprendidas entre los 10 y los 18 años está dado de alta en alguna red social. La preferida en nuestro país es Tuenti: tres de cada cinco adolescentes así lo declaran. Le sigue a cierta distancia Facebook, en la que está dado de alta uno de cada cinco.

Estos números no dejan lugar a dudas: las redes sociales gozan de gran popularidad entre los adolescentes y jóvenes (incluso bastantes niños). En ellas se pueden realizar cosas tan variadas como: intercambiar información personal, escribir un blog, chatear, enviar correo electrónico, publicar fotos y vídeos o comentar las que otros cuelgan, organizar eventos, adherirse a diversas causas, hacerse fan de personas o instituciones,...

La red social crece de forma espontánea (y exponencial) entre grupos de amigos o conocidos que se invitan unos a otros para formar parte de la comunidad virtual. Algunas redes se crean por amistad, otras por trabajo, por un conocimiento específico o un hobby, etc.

Ante esta masiva presencia de chicos y chicas, sus educadores deberían conocer algunos de los riesgos potenciales asociados al mal uso de estos medios de relación en Internet y la forma de minimizarlos. A este respecto algunas ideas serían las siguientes:

- Los usuarios deberían respetar la normativa de uso de la red social, en especial en lo referente a la edad mínima de acceso. En el caso de Tuenti sus creadores la han fijado en los 14 años. Aunque nos consta que muchos niños y niñas de menor edad están dados de alta en ella, porque es muy fácil mentir acerca de la edad real del individuo. Los datos del estudio “La Generación Interactiva en España” ponen de manifiesto que más de la mitad de los chicos y chicas ya tienen perfil en esta red social antes de cumplir 14 años.
- Una vez que hemos permitido que estén presentes en esos entornos virtuales, habría que consensuar una normativa de uso que debería recoger los siguientes aspectos:

- Cuánto y cuándo se permite el acceso; así evitamos que necesiten estar permanentemente conectados.
- Qué información ponen en el perfil y qué fotos o vídeos cuelgan; así evitamos que proporcionen información sensible. En este sentido, nuestro estudio concluye que, en media, uno de cada cinco españoles entre 10 y 18 años piensa que puede poner cualquier foto o vídeo suyo en Internet. Es urgente hablar con ellos para que entiendan que su información personal no debe proporcionarse a cualquier persona. Hay que explicarles que una vez que hayan puesto algo en Internet (textos, fotos o vídeos) han perdido el control sobre ello. Que entiendan que todo lo que cuelguen puede ser empleado en su contra, por lo que deben pensar antes de subir cualquier cosa a la red.
- Quiénes pertenecen a su red de amigos; así sabremos con qué personas se relaciona. Deben comprender que no deberían aceptar desconocidos entre sus contactos. Los datos indican que sigue habiendo muchos chicos y chicas que no tienen ningún inconveniente en relacionarse con desconocidos: uno de cada diez no ve problemático poner su intimidad al alcance de cualquiera, uno de cada cinco acepta desconocidos entre sus contactos y casi la misma proporción opina que es divertido “hablar” con ellos.
- Por último, es muy aconsejable plantear una estrategia familiar frente a las redes sociales que podría apoyarse en dos acciones muy concretas:
 - Compartir el uso de la herramienta con los hijos creando un grupo de la familia dentro de la red. Esto nos permitirá conocer su dinámica y funcionamiento, descubriremos las oportunidades que nos ofrecen y conoceremos los riesgos a los que estamos expuestos. Nuestros hijos nos guiarán en la parte tecnológica a la vez que nosotros les damos criterios educativos.

- Hablar con los padres de los amigos de nuestros hijos sobre este tema: ¿qué redes frecuentan sus hijos, quiénes son sus contactos, cuándo se conectan...? Así podremos consensuar unas normas de uso grupal y evitaremos la típica excusa del adolescente: a mis amigos les dejan, yo soy el marginado...

Merecen una mención especial ciertos lugares de Internet en los que los menores (y también mayores) cuelgan fotos que los demás usuarios valoran. En muchas de ellas, las poses y las actitudes están en el límite de lo pornográfico. Además, los votantes suelen dejar mensajes bastante soeces y direcciones, normalmente de Messenger, para conseguir contactos. Sus nombres ya lo dicen todo: votamicuerpo, sexyono,... De la misma forma que estamos de acuerdo en que, cumpliendo unas normas consensuadas, las redes sociales pueden ser usadas por nuestros hijos, habría que evitar que estuvieran dados de alta en estos otros lugares que tan poco aportan y tanto pueden destruir.

CAPÍTULO 7
EPÍLOGO

7. EPÍLOGO

Tenemos la suerte de ser pioneros. A los padres y madres de este comienzo de siglo nos ha tocado vivir y educar en una época en la que el entorno se está modificando de forma apreciable a gran velocidad.

Como si fuéramos intrépidos marinos, nos desplazamos remando junto a nuestros hijos por estos nuevos mares. Sentimos la angustia de no conocer qué corrientes pueden arrastrarlos hacia el abismo o qué seres de los que allí habitan pueden representar un peligro. Pero también tenemos la oportunidad de descubrir paisajes maravillosos y conocer nuevos e interesantes mundos junto a ellos.

La inquietud que nos invade está justificada; no olvidemos que los pioneros siempre se han debatido entre la esperanza de un mundo mejor y la incertidumbre que genera la aparente pérdida de referencias válidas.

Tenemos la impresión de que muchas de las fronteras que hasta hace muy poco eran diáfanas, ahora mismo parecen difuminarse, lo que añade más inquietud. Los límites entre trabajo y ocio, productor y consumidor, virtual y real, público y privado, lícito e ilícito o infancia y madurez parecen venirse abajo con la aparición de Internet, lo que añade más incertidumbre.

¿Qué hacer cuando se quiere avanzar en un terreno en el que han desaparecido muchas de nuestras referencias? ¿Cómo educar cuando las viejas recetas que conocíamos, porque fueron las que emplearon con nosotros nuestros educadores, parece que ya no sirven?

La respuesta a estas cuestiones no admite fórmulas preestablecidas, sino que son los progenitores quienes deben reflexionar y decidir en cada caso qué valores desean transmitir a sus hijos, y como aprovechar las oportunidades que ofrecen las nuevas tecnologías para tal fin. Asimismo surge la necesidad

de trasladar esos valores y pautas de comportamiento a la vida digital. Esta idea se puede resumir en “no hagas en la red lo que no harías en la vida real”. Así, por ejemplo, lo que no contarías sobre ti a un desconocido no lo publiques en Internet, y del mismo modo que no creerías todo lo que cualquiera te dice, hay que ayudar a los niños a ser conscientes de que no todo lo que se lee, se oye o se ve en Internet tiene que ser cierto. Por otro lado no hay que olvidar que en Internet son múltiples los ejemplos de nuevas formas de solidaridad y transmisión de valores positivos en las que se puede involucrar a los niños.

Somos firmes defensores del uso de Internet en todos los ámbitos: el escolar, el familiar y el social. Aunque los datos de nuestro estudio muestran que hay algunos adolescentes españoles que manifiestan conductas transgresoras, también ratifican que la gran mayoría hace un uso sano y responsable de las pantallas. Y de eso se trata.

Escribía Jacques Delors en el Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el siglo XXI titulado “La Educación encierra un tesoro”, la siguiente frase: “El niño es el futuro del hombre”, queriendo poner el énfasis en esta cuestión: de cómo eduquemos a nuestros hijos va a depender la educación que ellos darán a los suyos, y así sucesivamente. Dicho de otro modo, los padres y madres de este comienzo del siglo XXI no sólo estamos educando a nuestros hijos, también tenemos en nuestras manos la sociedad del futuro.

No tenemos ninguna duda de que la calidad de la sociedad venidera tendrá mucho que ver con el uso que hagan los niños y niñas actuales de todas estas tecnologías de la información, la comunicación y el entretenimiento. Para conseguir que nuestros hijos e hijas hagan un uso seguro, responsable y saludable de ellas es preciso que tengan una sólida formación en valores y unos educadores que compartan con ellos espacios y tiempos ante las pantallas. Solo de esta manera podremos afrontar con garantía de éxito los nuevos desafíos que se nos proponen.

CAPÍTULO 8
PARA SABER MÁS

8. PARA SABER MÁS

Reseñamos a continuación siete libros que pueden servir para profundizar más en los temas que hemos esbozado en esta obra. Pensamos que esta selección cubre muy bien los tres aspectos que hemos abordado en cuanto a los adolescentes y su relación con las pantallas. Los más directamente relacionados con la educación para el buen uso, los que tienen que ver con las ayudas técnicas que existen y, por último, los que permiten conocer qué tienen, qué hacen y qué piensan. Al final de cada uno de ellos los respectivos autores proponen a su vez otras muchas fuentes de información, por lo que no vamos a hacer más exhaustiva esta relación.

Los comentarios a cada una de las obras están basadas en su lectura y en las diversas críticas a las que hemos tenido acceso.

- **Small, G. y Vorgan, G. (2008). “El cerebro digital”. Urano. Barcelona.**

Investigaciones recientes lo demuestran: una hora diaria de exposición al ordenador produce importantes alteraciones en las conexiones neuronales. Si nuestro cerebro es tan sensible, ¿qué pasa con el de los más jóvenes, cuyo circuito neuronal es más plástico y maleable?

Aunque la exposición al entorno digital parezca ejercer un impacto muy sutil, sus efectos estructurales y funcionales son profundos. Conforme el cerebro traslada su foco hacia nuevas habilidades, se aleja de las capacidades sociales fundamentales. ¿Estamos criando a una generación de jóvenes incapaz de aprender, recordar, sentir o controlar sus impulsos? ¿O los “nativos digitales” desarrollarán nuevas habilidades que los facultarán para increíbles logros?

Para las generaciones mayores la problemática es distinta: nos enfrentamos a un mundo en el que los cerebros se tienen que adaptar a las nuevas tecnologías o quedarse atrás: política, social y económicamente.

Unos y otros debemos dominar el entorno digital y aprovechar al máximo su eficacia, pero también necesitamos conservar nuestra humanidad. El neurocientífico Gary Small nos ofrece en “El cerebro digital” las herramientas claves para hacernos cargo de nuestra vida y de nuestra mente en este momento crucial para la evolución cerebral:

- Estrategias para reducir la dependencia de las nuevas tecnologías.
- Ejercicios para recuperar las habilidades de comunicación interpersonal.
- Consejos para reducir la fatiga tecnológica.
- Manual de emergencia, con todos los códigos y herramientas necesarios para moverse por el entorno digital.

De nosotros depende que seamos capaces de modelar y optimizar nuestros circuitos neuronales a nuestro favor, para que podamos sobrevivir con éxito a la adaptación más rápida e importante que ha experimentado el cerebro en miles de años de evolución.

- **Cervera, L. (2009). “Lo que hacen tus hijos en Internet”. Integral. Barcelona.**

Para la gran mayoría de padres Internet solo se usa para el trabajo, consultar el correo y realizar algunas compras. Para los niños y jóvenes, Internet constituye un mundo virtual tan auténtico como el real.

Según el autor, especialista en protección de datos y propiedad intelectual de la Unión Europea, los valores de la adolescencia no han cambiado de unas generaciones a otras,

los jóvenes de ahora no se diferencian en gran medida de sus padres. Lo que ha variado es la tecnología, que magnifica los problemas: en los años 80 los jóvenes se intercambiaban cintas de casete que grababan de la radio o de otras cintas, ahora se intercambian gigabytes de canciones que se bajan ilegalmente de la red; entonces se pasaban revistas porno a escondidas, ahora tienen el porno más duro imaginable a golpe de clic; esa es la gran diferencia.

Por ello el autor recomienda enseñar a los hijos a utilizar la red de manera consciente y sensata. Internet tiene además su propio decálogo de comportamiento, unas reglas que comparten los mismos principios de buena educación que el mundo real, pero adaptados a la red.

Este libro aporta mucha información técnica del funcionamiento general de Internet, se analizan las redes sociales, los juegos on line, el mundo de los blogs o los mensajes de texto de los móviles. Pero lo que realmente preocupa al autor como máximo riesgo para los adolescentes es el ciberacoso, cada vez más extendido.

- **García, F. y Bringué, X. (2007). “Educar hij@s interactiv@s”. Rialp. Madrid.**

Internet, móviles, videojuegos..., ¿de qué modo afectan a nuestros hijos? ¿Hay contenidos peligrosos o riesgos físicos y de adicción en el uso de estos medios? ¿Estamos preparados para dar respuesta a este fenómeno imparable? Este libro trata sobre esos interrogantes. Y lo hace de un modo práctico, y desde los retos y oportunidades del ámbito educativo familiar.

Una guía para orientar a padres y educadores en el “gobierno” de las pantallas (Internet, videojuegos y teléfonos móviles) de sus hijos y educandos.

En el primer capítulo del libro se ofrece una descripción realista sobre los rasgos psicológicos y de la generación interactiva, que presumiblemente están ligados a un “sistema

tecnológico cultural” de aprendizaje diverso del de la cultura oral o incluso de una cultura visual pasiva (televisión). Se identifican someramente, sin pretensiones científicas, las ventajas e inconvenientes de la generación digital frente a la generación anterior: los jóvenes o adultos “digitales” son más veloces para buscar y procesar información útil, se muestran capaces de desarrollar varias tareas simultáneamente (multitasking), acceden a los textos en modo no lineal o secuencial, son más activos y “conectivos” (no necesariamente más comunicativos) y tienen más fantasía. Por contra, tienen mayor dificultad con el pensamiento abstracto y los conocimientos humanísticos, les cuesta más perseverar o no rendirse ante la falta de resultados inmediatos a sus búsquedas o esfuerzos, son menos propensos a la reflexión y contemplación y tienden a ser menos generosos.

Cada uno de los capítulos sucesivos se ocupa de una de las “pantallas”: Internet, videojuegos y teléfonos móviles. Se indaga sobre sus usos a partir de una encuesta a 10.000 escolares españoles –cuánto, cómo se usan y qué ofrecen esos medios- y se cierra el capítulo con conclusiones prácticas aplicables a la educación familiar. Al final del libro se ofrece un listado útil, si bien selectivo y sobre todo en lengua española, de sitios web para profundizar en algunos de los aspectos tratados, además de otras referencias bibliográficas.

Lejos de actitudes alarmistas o de ingenua reverencia idolátrica a las nuevas tecnologías, el libro parte de un principio educativo elemental, que plasma luego en criterios de buen sentido aplicándolo a las situaciones de hecho a la vista de los datos sobre lo que se ofrece en esos nuevos medios: “Los hijos pueden aventajar –y aventajan de hecho- a los padres en informática, pero siguen necesitando padres que les eduquen y den sentido a los que les rodea”. Esto lleva a las siguientes recomendaciones, entre otras: que los padres sean modelo, guía y referente de uso, que sepan potenciar el pensamiento crítico de sus hijos y que mantengan el estatuto de personas a las que acudir en caso de duda.

- **Monsoriu, M. (2007). “Técnicas de hacker para padres”. Copyright. Madrid.**

Muchos padres están preocupados porque desconocen el uso que hacen sus hijos del ordenador y del teléfono móvil. Lo ideal es hablar con ellos, pero cuando

la comunicación falla, la alternativa que les queda a los padres es convertirse en verdaderos espías informáticos -Hacker buenos- para intentar detectar las vulnerabilidades de sus hijos y protegerlos, mientras les ayudan y enseñan a hacer un buen uso de Internet y de las nuevas tecnologías.

El libro ofrece recursos para ayudar a:

- Limitar el tiempo de acceso a Internet.
 - Decidir qué programas se instalan en el ordenador e impedir que se instalen nuevos programas sin autorización.
 - Supervisar las páginas web que visitan los hijos.
 - Controlar las relaciones que establecen los hijos por la Red.
 - Vigilar, con el único objetivo de protegerles, lo que escriben en el Messenger y otros chats, correos electrónicos, foros, o blogs.
 - Ver lo que están haciendo los hijos en su ordenador, desde cualquier otro ordenador (acceso remoto).
- **Castell, P. y de Bofarull, I. (2002). “Enganchados a las pantallas”. Planeta. Barcelona.**

Los dos autores de esta obra informan en ella sobre los recursos para padres y educadores a la hora de evitar que el uso de la televisión, el móvil, Internet y los videojuegos se convierta en una adicción. El libro ofrece a quien lo lea datos y citas de autores de esta materia, para definir la era de la comunicación.

Según Paulino Castells, el uso que se hace de los medios de comunicación y de la tecnología actualmente provoca "un botellón electrónico, ya que muchos de los que consumen el pack TV, videojuegos, walkmans, móvil y Internet llegan a 'colocarse'". Este libro pretende también alertar del "peligro potencial y en muchos casos ya real, de adicción a los media" y potenciar "una formación educativa que se desarrolle en el seno de la familia". Paulino Castells sigue explicando al respecto del motivo del lanzamiento de esta obra que "es paradójico que fomentando la comunicación estemos haciendo que cada vez haya más gente incomunicada" ya que la adicción a las nuevas tecnologías está dificultando las relaciones interpersonales. Los dos especialistas definen en su libro la personalidad del adolescente de alto riesgo que es la más vulnerable ante esta adicción. La denominan personalidad multimpulsiva o poliadictiva y se caracteriza por la carencia de afecto, la falta de recursos, el fracaso escolar y la baja autoestima. En estos casos, los adolescentes "encuentran en las nuevas tecnologías el mecanismo para suplir este vacío relacional, con las que establece una relación de dependencia".

- **Jaúdenes, M. (2006). "Cómo usar las nuevas tecnologías en la familia". Palabra. Madrid.**

Este librito puede leerse en dos horas, está escrito desde la perspectiva de una educadora. En ese tiempo se logra tener una visión bastante completa de cómo pueden afectar las nuevas tecnologías a los hijos. Es breve, va al grano y la letra es fácil de leer. Se trata de una obra de observaciones más que una reflexión profunda.

Las explicaciones son claras. No es un volumen para técnicos. Se dirige a padres. Éstos encontrarán consejos prácticos y aplicables sobre usos adecuados de las pantallas en función de la edad.

- **García, F. y Bringué, X. (2002). “Una familia en el ciberespacio”. Madrid. Palabra.**

El título es bastante descriptivo del contenido de un libro que no es para iniciados. Hay una introducción explicativa que dura unas 60 páginas, tras las cuales empieza el contenido del libro. La obra es bastante corta y didáctica, salpicada de casos prácticos. Se nota que los autores son profesionales de la educación. Además, los conocimientos que proporciona se resumen en consejos.

Contiene descripciones de Internet para los que no lo conozcan bien, aunque no describe lo potencialmente nocivo de este medio.

